

LABOR SOBRELETRAS

POR
LUIS INIGO MADRIGAL

Diez De Juan Emar

"Era un hombre callado, socarrón, singular. Fue un gran ocioso que trabajó toda la vida. Andaba de país en país, sin entusiasmo, sin orgullo ni rebelión, desterrándose por sus propios decretos. Ahora se trata de descubrir a nuestro aparente apátrida y otorgarle lo que no tuvo: la nacionalidad del amor". Pablo Neruda, nuestro reciente Premio Nobel de Literatura, escribe esas líneas sobre Juan Emar, en el prólogo a **Diez**, conjunto de relatos de este último. "Juan Emar —agrega Neruda— fue un solitario descubridor que vivió entre las multitudes sin que nadie lo viera, tal vez sin que nadie lo amara". El poeta viste aquí el ropaje de lo que T. S. Elliot llamaba "crítico con fervor": aquel que pretende rescatar del olvido literario a un autor injustamente preterido. Tal actitud reconoce algunas antelaciones, diversos escritores, diversos grupos (Teillier, la revista **Cormorán**, por mencionar sólo dos que se me vienen a la memoria) han tratado, en diversas medidas, de incorporar, en sitio de honor de nuestra historia literaria a ese narrador descollante que es Juan Emar. Pero la soledad y el desconocimiento que rodearon en vida a Emar, parecen conservar su fuerza negativa a lo largo de los años. La originalidad es, a menudo, una virtud que se paga cara. Los editores de **Diez** (Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1971, 170 pp.) sugieren en la contratapa del volumen: "La presente edición de **Diez** constituye el primer paso de un proceso que, sin duda, permitirá redescubrir el sentido efectivo de la creación narrativa de Juan Emar". Esperemos, en bien de nuestra literatura, que tal profesión de fe se cumpla en esta oportunidad.

Nacido en 1893, Alvaro Yáñez Bianchi (cuyo nombre literario fue Juan Emar) podría incluirse, para los que gustan de ordenaciones, en la llamada generación del año 20 en las letras chilenas. Si bien es cierto, tal nominación proviene fundamentalmente del campo político y señala la fecha de ascenso al poder de un representante de la burguesía que, en alguna medida, cuenta con el apoyo de fuerzas populares (amén de los cambios que tales fuerzas introducen en la legislación social del país, del vigor que por entonces alcanza el feminismo en Chile, de la consolidación del movimiento obrero, del acceso a la cultura de las capas medias de la población, etc.), y, por otra parte, los literatos de esa época, acatando esa motivación política, se reúnen en torno a publicaciones como **Claridad** y **Juventud**, de la Federación de Estudiantes, no es menos cierto que las letras nacionales de esas fechas se constituyen en la primera manifestación de la literatura contemporánea en

Chile: el imaginismo, el creacionismo, la poesía nueva, la novela contemporánea son las formas que adopta esa literatura. Sus representantes: Vicente Huidobro (1893-1948), Angel Cruchaga Santa María (1893-1964), Pablo de Rokha (1894-1970), Rosamel del Valle, Juvencio Valle, Juan Guzmán Cruchaga, Pablo Neruda, entre los poetas. Entre los prosistas, Manuel Rojas, Salvador Reyes, Benjamín Subercaseaux, Juan Marín, Marta Brunet y otros. Tanto unos como otros realizan una labor de renovación total de nuestra literatura, inaugurando nuevas formas, descubriendo nuevos niveles de realidad, revelando nuevas perspectivas estrictamente contemporáneas.

En ese contexto la obra de Juan Emar, si original, no es discordante. Lo curioso es que sus propios coetáneos lo desconocen. Al menos personalmente. El propio Neruda inicia sus palabras diciendo: "conoci intimamente a Juan Emar sin conocerlo nunca", y aclara: "El sudamericano de su época, el literato, era vociferante y solocéntrico. El hombre Juan Emar fue callado y excéntrico. Ahora nos toca descifrarlo, cuando sus contemporáneos dejaron de hablar y de ser, de vociferar y de permanecer".

Sin embargo, si Juan Emar permaneció arcano para sus coetáneos, la generación inmediata (o al menos parte de ella) le consagró un lugar en su hornacina. La Mandrágora, el grupo de poetas y narradores que constituyen el movimiento surrealista en Chile, en su voluntad de romper las formas todavía vigentes del naturalismo y del mundonovismo, vieron en Emar un adelantado. El grupo animado por Braulio Arenas, Enrique Gómez-Correa y Jorge Cáceres solían aludir a la obra de Emar "como si ella fuese una misteriosa posesión sobrecargada de innumerables sorpresas". No podía ser de otra manera: el surrealismo propio de Mandrágora (es decir, su oposición al naturalismo, su rechazo de los "objetos poéticos" y su voluntad de convertir todo lo real en objeto posible de poesía, su tendencia a crear una supra-realidad propia con niveles visionarios, oníricos, inconscientes o míticos de igual validez) coincide con el mundo narrativo de Juan Emar. Como también coinciden las preferencias de La Mandrágora por el humor negro, en cualquiera de sus manifestaciones (dandysmo, crueldad moral, terror, descripción: Vaché, Swift, Sade, Lautréamont, Roussel), con las de Emar.

En el recientemente editado **Diez**, se muestran claramente tales características. El volumen reúne 10 narraciones de Emar: **Cuatro animales**: "El pájaro verde", "Maldito gato", "El perro amaestrado", "El unicornio"; **Tres mujeres**: "Papusa", "Chuchezuma", "Pibesa"; **Dos sitios**: "El hotel Mac Quice", "El fundo de "La Cantera"; y **Un vicio**: "El vicio del alcohol". Los diez relatos ostentan parecidas singularidades: un temple de ánimo decididamente irónico; un proceso épico que podríamos llamar atectónico, mediante el cual un elemento cualquiera atrae otros, disímiles, a partir de los cuales se repite el proceso, conformando un todo en que los diversos elementos se relacionan entre sí prácticamente por libre asociación; y, como resulta de lo anterior, una narración en la cual el argumento sólo tiene sentido en tanto parcela de una realidad mayor, tal vez la del conjunto de las diez narraciones, pero que incluso supera este. Esa unidad del conjunto se manifiesta, en niveles superficiales, en la reiterada aparición de semejantes personajes (Pibesa, Desiderio Longotoma, y otros) y en la unidad que la figura del narrador mantiene a lo largo de los diez textos. Pero también a niveles más profundos, homologando la totalidad de lo narrado en una visión crítica, desconfiada, zumbona.

Ningún recurso permanece ajeno a la narrativa de Emar: la incorporación de formas populares, de elementos retóricos, de alusiones literarias, se integran siempre en un lenguaje de cuidadosa factura, que en sus momentos más brillantes recuerdan a Borges, llegando a prefigurar, en ocasiones, a Cortázar.

La constante oscilación entre los elementos puramente fantásticos y una reiterada, casi obsesiva, fijación en las condiciones cronológicas o métricas de la realidad, sirven también, acabadamente, al general tono de burla crítica que impregna el universo ficticio de Emar.

Publicados originalmente en 1937, estos **Diez** se mantienen rigurosamente actuales. Una breve nota no puede, ni por asomo, agotar las sorpresas que depara el descubrimiento de este descubridor verdadero. No obstante, la lectura de **Diez** hacen sonar como ciertas las palabras con que Neruda finaliza su prólogo: "Y sépase que este antecesor de todos, en su tranquilo delirio, nos dejó como testimonio un mundo vivo y poblado por la irrealidad siempre inseparable de lo más duradero".